

darnos un almidonado secretario que de una manera *desinteresada* resolvía los mas árdulos conflictos administrativos, *contando* siempre con las valiosas influencias de que disponía su señor representado.

La indolencia de algunos nos benefició al extremo de vernos libres de satisfacer cantidad alguna para imprimir sus discursos, puesto que por rareza, casualidad ó lo que fuese todos han resultado con igual defecto físico... mudos. El resultado no puede ser más elocuente.

Años y más años, abandonados en el mar proceloso de la política, sin más orientación que la que instintivamente nos hace vislumbrar nuestra conciencia sedienta de justicia y equidad, nos ha hecho concebir la esperanza de que el día de nuestra regeneración se acerca á juzgar por el iris, emblema de paz, que en lejano horizonte se divisa.

Tan pronto como el pueblo se vea libre del estado cataléptico en que está sumido, y, por ende gozando de la plenitud de sus facultades, entonces estos Penélopes, barateros ó *grupiers* de los distritos se convencerán de la diferencia que media entre un distrito representado por un hombre de talento y de valía, y el que lo está por la imposición del cacique sin entrañas que todo lo sacrifica con tal de añadir un voto más á la lista de sus correligionarios inconscientes. El primero dignifica y enaltece el buen nombre de sus electores, representa la sacrosanta voluntad de un pueblo que vive y tiene aspiraciones. El segundo representa la mezquina voluntad de cuatro no diré analfabetos, pero si mal aconsejados: genuina representación del absolutismo y de la maldad más refinada.

Mal agüero

En la sesión celebrada por el Ayuntamiento, el sábado 12 de los corrientes, asistió el concejal Sr. Paituvi, el cual desde principios del año se hallaba retraído alegando que su actitud obedecía á no querer intervenir con el asunto del traslado del mercado de cerdos á la plaza de la Montaña, pues había empeñado la palabra de que no haría pro ni contra, ni asistiría á las sesiones hasta su definitiva solución.

Suponemos que serían excusas y sinceramente creemos que había otro mar de fondo... ¡Es tan cómodo herir por la espalda sin comprometerse ni perder clientela!

Al propio tiempo había mar revuelta, y, apesar de que el aludido edil simpatizaba con el nombramiento del Sr. alcalde, éste no se prestaba á ciertas imposiciones que creía improcedentes y temerarias en aquella ocasión, tanto, que alguna vez manifestó el Sr. Estrada, deseos de una nueva orientación, prescindiendo en absoluto de las teorías y prácticas de un hombre á quien creía fracasado y funesto en su anterior gestión de hacendista empleomaniaco.

Nosotros con la lealtad y franqueza que usamos hemos de manifestar que el Sr. Estrada se hallaba animado de buenos propósitos, á lo menos así lo decía, por lo cual estábamos dispuestos en apoyarle siempre que cumpliera lo ofrecido y prescindiera de elementos gastados; pero ay! tiró por el lado opuesto cumplimentando á los que calificaba de fracasados y esta fué su desgracia. ¿Sería quizá agradecido por su nombramiento? Nombramiento que debía de considerar improcedente y usurpado á otros más autorizados, con la agravante de un compromiso contraído. ¿Porqué, pues, se despojaría á los liberales de lo que en derecho les correspondía? ¿Es que se consideró superior á todos?

Lo que debía de comprender este Sr. es que al encumbrarle era para que sirviera tan sólo de monigote y saciare la sed de monopolio de sus aduladores, quienes le impondrían, toda clase de ridiculezas en detrimento de su honor político, con el sólo fin de favorecer sus industrias. ¡Pagará caro el aludido Sr. su fatuosidad y afán de figurar!

Los que miramos friamente la cosa pública encontramos un problema de difícil solución: mientras los alcaldes sean de real orden, difícilmente presentarán la voluntad del pueblo, y seguirán siendo juguete de sus superiores ó caciques. Únicamente se librarían de esta tutela siendo independientes, audaces y de propias iniciativas; de lo contrario, caerán bajo el peso de sus gerárquicos.

La vuelta del Sr. Paituvi á la vida activa, la atribuimos á varios motivos: 1.º La de que el Sr. Alcalde no cuenta con el apoyo incondicional de una mayoría absoluta, ni se le considera con aptitudes suficientes para desempeñar airoosamente el cargo. 2.º Que al aceptar la presidencia traicionó á sus propios amigos, quienes le manifestaron su desagrado de que aceptase, augurándole disgustos y justas iras que difícilmente podrá evitar. 3.º Que sus buenos intentos de administración serán duramente combatidos por sus mismos protectores, pues

no le nombraron con tal fin, sino que para sus conveniencias mercantiles; y 4.º El de no disponer de personal idóneo, pues que debe de aceptar el que le imponen ó del contrario ser blanco de sus ataques.

Esas y no otras causas han obligado á nuestro alcalde á consultar y pedir apoyo al Sr. Paituvi, quien le apoyará probablemente á cambio de incesantes exigencias que podrán mancharle para siempre, pagando á gran precio el orgullo de empuñar la vara, pues que dicho concejal escusaba públicamente su retirada del Consistorio con la falta de energías del alcalde.

¿A qué viene, pues, la vuelta improvisada del aludido concejal, á las sesiones hallándose en la presidencia la misma persona con iguales energías?

¿Será tal vez que se cree potente para dominar aquella serenata que le tenían preparada sus innumerables admiradores para cuando asistiera en ellas?

¡La presencia de ciertos pajarracos muchas veces son síntomas de mal agüero!

RISA

VII DE CUENTO

Cuentan historias verídicas que en un pueblo desgraciado por muchas cosas y causas y por un alcalde malo, que tenía muy mal genio, quería pasar por *majo* y se ponía furioso si le decían *zapato*.

Ustedes ahora dirán no tiene nada de extraño.

Pues, si señor, lo es mucho, porque este alcalde *raro*, no tenía otro oficio que el de remendar zapatos; pero viendo que su oficio era un poco *arrastrado*, y que iba por el suelo, creyendo que hacía bajo un día se dijo el tuno:

"Ya no estoy por más zapatos, porque nadie me tendría por un hombre ilustrado, y algún día me dirían que soy alcalde *zapato*..

¿Y no saben el por qué iba así filosofando? Porque el hombre se afanaba en estudiar el *narro*; pero dicen malas lenguas que tan sólo el silabario aprendía el alcalde de aquel pueblo desgraciado.

He aquí que una vez por cuestiones de mercados hubo bastante jolgorio y alguno que otro enfado.

Se habían hecho promesas en cumplir unos traslados de cierta plaza de cerdos en algunos ciudadanos.

Nada se hallaba con regla, todo muy desarreglado, en vías bastante estrechas